

*torias*, en las comunidades docentes, ofrecen también peligros, si no *para el corazón*, á lo menos *para el espíritu*; pedid consejo á los sacerdotes que os dirigen antes de introducir un nuevo libro para vosotras ó para vuestras discípulas. *La fe* tiene su delicadeza, como *la pureza*, y un aserto contra la Iglesia, un juicio hostil contra los actos del Papa, contra un asunto piadoso, contra tal acción en que la religión interviene, y aun simplemente una indicación contra la doctrina del Evangelio y la vida de tal santo, pueden ocasionar tentaciones contra la fe, muy difíciles de destruir.

No os fiéis completamente tampoco de las librerías católicas *para los libros de premio*, pues la mayor parte, indudablemente sin mala intención, han admitido libros cuya lectura no permitiríamos á vuestras alumnas, ni tampoco á vosotras. Usad de prudencia al examinar la moralidad de tales libros, y no os detengáis á concluir una relación que, á vuestro parecer, podría impresionar vivamente los sentidos. No hay ningún mal en dejarlo, y lo podría haber en leerlo y en dejarlo leer.

#### 6.—SEXTA ILUSIÓN

*Creerse casta sin practicar la mortificación.*

La mortificación es *la sal* que impide que se corrompa la carne; es el *yugo* que le impide rebelarse. He aquí por qué san Pablo decía: *Castigo mi cuerpo y lo reduzco á la servidumbre*; y prescribiendo á Timoteo los avisos que

debía dar á los fieles, le recomienda que predique á las viudas, y por consiguiente *á las vírgenes, que se mortifiquen, porque la que vive con regalo, aunque parezca viva, está muerta delante de Dios.* (I Cor., ix, 27.) Cuando el cuerpo no está mortificado, difícilmente se somete á la ley divina, é irremisiblemente va dominando y arrastrando al alma.

Es imposible ser casta sin castigar el cuerpo, y dominar las malas inclinaciones sin imponerse sacrificios; la virtud de la castidad no suele morar en carne regalada.

Cierto es que en la religión no se hace *voto de mortificación*, pero se hace *voto de castidad*, y el uno está comprendido en el otro: la castidad es el fin; la mortificación es el medio. Se engañaría la religiosa que pretendiera ser casta sin mortificarse.

Puesto que por medio de *los sentidos* el demonio nos tienta, nos impresiona, nos atrae é intenta arrastrar nuestra voluntad, deben ser *los sentidos* objeto de una mortificación casi continua. Al hablar *de la manera de combatir*, hemos dicho cómo hemos de obrar con ellos. Releed aquéllas páginas, y veréis cómo lo que os hemos indicado no tiene nada que espante cuando se practica bajo la inspiración y la mirada de Dios.

No pedimos que se destruyan los sentidos, sino que ocupen el lugar que les corresponde; queremos el orden y no la rebelión. Dios es el dueño del alma, el alma es la dueña de los sentidos; los sentidos son siervos de Dios y del alma, y están obligados á obedecer.

En cada comunidad impone la regla algunas mortificaciones corporales, como la *abstención*, además de las prescritas por la Iglesia; *el ayuno, la disciplina, alguna oración con los brazos en cruz....* Sométete generosamente á estas prescripciones; pero no añadas ninguna otra sin permiso, porque podrían perjudicar á la salud, y el demonio se serviría de este celo indiscreto para inspirarte pensamientos de orgullo.

¿Quieres que te indique algunas mortificaciones que no ofrezcan peligro ni para el cuerpo ni para la humildad? Mortificate *en el sueño*, levantándote á la primera señal de la campana, sacudiendo con energía el cansancio casi siempre ficticio que experimentan los miembros; frecuentemente se necesita *más fuerza* para salir del lecho que para tomar la disciplina.

*En el trabajo*, no perdiendo ni un minuto á pesar del cansancio, del fastidio, del poco éxito; perseverando con firmeza en un trabajo que nos disgusta y algunas veces nos es harto duro y penoso. «Es imposible—dice Mons. Segur—guardar el tesoro de la inocencia y de la castidad llevando una vida muelle y ociosa. El trabajo cotidiano, el trabajo que empieza temprano y acaba tarde, el trabajo penoso que agota las fuerzas del cuerpo, el trabajo que es la gran penitencia del hombre, la mortificación de los sentidos, no sólo del corazón, sino del cuerpo, he aquí lo que conserva la santa castidad, he aquí lo que hace perseverar en la inocencia de la vida.»

*En el prurito de hablar*, á veces tan inmo-

derado, que el reprimirse y callar equivale á un día de cilicio. Cuesta mucho á veces, pero es también muy meritorio, el reprimir una palabra punzante, una pregunta curiosa, una respuesta aguda, y mucho más dejar de contestar á una provocación y pasar por *insensible*.

*En la comida*, no escogiéndola, sino aceptándola con gratitud, moderando el apetito, privándose de algunas cosillas insignificantes de que nadie hace caso, pero que nuestra sensualidad desearía.

*En el porte y en las comodidades del cuerpo*, no tomando nunca una postura que ofenda á la modestia ó á la urbanidad, lo que cuesta más de lo que parece. Reprimir la excesiva movilidad de las diferentes partes del cuerpo, como brazos, cabeza, pies; cambiar de sitio, andar saltando. No quejarse de un vestido mal hecho, de un calzado que molesta, de una cama algo dura, de una ventana mal cerrada, de una corriente de aire que otra desea.... ¡Oh! Cómo conseguiríamos dominar los sentidos sin hacer nada extraordinario!

#### 7.—SÉPTIMA ILUSIÓN

*Temer no ser casta por sentir violentas tentaciones.*

¿Tienes tentaciones, tentaciones violentas, incesantes? *Buena señal*, decía un santo, porque esto prueba que no eres del demonio; los que le pertenecen hacen el mal por sí solos, sin necesidad de que él los empuje. Nadie

asalta una fortaleza que posee, dice san Francisco de Sales; mientras dura el ataque, se puede tener seguridad de que dura la resistencia y de que no se ha consentido. Hay algunos, añade el mismo Santo, que piensan que está ya todo perdido cuando se ven molestados por pensamientos de blasfemia y de impiedad, imaginándose que ya no tienen *fe*. Sin embargo, mientras estos pensamientos les den pena, no pueden perjudicarles; de manera que tales vientos impetuosos sólo sirven para hacerles echar más profundas raíces *en la fe*. Lo mismo debe decirse de las tentaciones *contra la pureza*.

Es humillante, muy humillante, el encontrarse con la imaginación llena de imágenes inconvenientes, el sentir que el corazón se inclina vivamente á sentimientos indignos de una persona que se respeta, el experimentar rebeldías que sonrojan; pero este estado humillante no debe turbarnos. La turbación es un mal, y un mal que no cura otros; es además una flaqueza; es efecto de la cobardía, y no de la humildad; efecto del amor propio, y no del amor de Dios y de la confianza en Dios.

¿*Por qué turbarse en las tentaciones contra la castidad?* Los mayores santos las han experimentado. San Pablo, después de haber sido arrebatado al tercer cielo, sentía el aguijón de la carne que le hacía gemir: el ángel de Satanás le abofeteaba, y sentía que la ley de los miembros se oponía á la ley del espíritu, pretendiendo cautivarle bajo el yugo del pecado. San Jerónimo, estando en un espantoso de-

sierto, teniendo el cuerpo debilitado por las vigiliás y extenuado por los ayunos, experimentaba las más humillantes rebeliones de la carne; y aun cuando no tenía otra compañía que la de los escorpiones y bestias salvajes, como él mismo lo dice, le parecía, sin embargo, hallarse en Roma en medio de voluptuosas concurrencias.

¿No se vió obligado san Benito, aquel gran patriarca de las Ordenes religiosas en Occidente, á revolcarse sobre espinas para apagar con el dolor el fuego de la voluptuosidad?

¿*Por qué turbarse en las tentaciones contra la castidad?* Los malos pensamientos no son pecados, la imaginación manchada no es un pecado, la inclinación á la inmodestia no es un pecado, las impresiones y las consecuencias involuntarias de la tentación no son pecados; sólo hay pecado en la *complacencia de la voluntad*, y todo el infierno conjurado nada puede contra la voluntad sostenida por la gracia, resuelta á negar el consentimiento á todo placer sensual.

¿*Por qué turbarse en las tentaciones contra la castidad?* Dios las permite, y debemos adorar sus designios; las permite para hacernos ver nuestra flaqueza y obligarnos á recurrir á El; las permite para fortificar y aumentar en nosotros la virtud contraria; las permite para hacernos expiar las faltas de la juventud, á fin de que el alma, dice san Agustín, halle la pena en donde halló el placer, y sean instrumento de su penitencia las cosas que ocasionaron sus pasadas caídas; las permite, pero, por

muy violentas que sean, debemos creer firmemente que pondrá límites al poder del enemigo, y que *fiel en sus promesas*, como nos enseña san Pablo, *no permitirá que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas.*

¿Por qué turbarse en las tentaciones contra la castidad? La turbación es origen de una multitud de escrúpulos que de ella se siguen; las conciencias delicadas no temen haber consentido en la tentación sino porque se han turbado, y por eso ignoran lo que pasó en su interior desde el momento que perdieron la paz; por otra parte, la turbación debilita las fuerzas del alma, disminuye la libertad del espíritu; más todavía: aumenta la misma tentación porque remueve los humores, de la misma manera que revolviendo el agua corrompida con un palo aparece más infecta.

Es preciso, pues, aun en las tentaciones más humillantes, conservar siempre *la tranquilidad, la libertad, la paz del corazón, la confianza en Dios*; debe temerse la tentación, pero no debe temerse demasiado; se la debe temer para no dar al demonio, ya con imprudencias, ya con sensualidades, lugar ni ocasión para tentarnos; pero cuando se ha hecho todo lo posible para no exponerse á la tentación, es preciso armarse de valor y de energía para despreciar al enemigo en el momento en que llegue el poder de las tinieblas. El gran san Antonio le reprochaba al demonio su flaqueza, y queriendo que sus religiosos se animaran al combate, les decía: *Creedme, hermanos míos; el demonio es más débil de lo que pensáis; teme las*

*vigilias de las almas piadosas, sus oraciones, ayunos, pobreza voluntaria, mortificación, misericordia, humildad, y sobre todo su tierno y ardiente amor á Jesucristo; basta la señal de la cruz para inutilizar sus esfuerzos y ponerle en fuga.*

No te turbes tampoco al confesarte; sé breve y sincera. Cuando has expuesto el género de tentaciones, sólo tienes que decir una de estas tres cosas: *Padre, he consentido tantas veces, ó bien no he consentido, ó no puedo darme cuenta de si he consentido ó no, y me acuso tal como aparezca en la presencia de Dios.*

Es muy peligroso hacer largos exámenes antes de la confesión para saber si se ha consentido ó no, porque *excitan la imaginación, recuerdan las tentaciones y fomentan el ardor de la concupiscencia.* Con el tiempo disminuyen el horror al pecado mortal y hacen perder el santo pudor del alma; si no debe nombrarse el vicio de la impureza, con mayor razón no se debe pensar en él.

#### 8.—OCTAVA ILUSIÓN

*Creerse obligada á combatir directamente las tentaciones contra la pureza.*

Muchas almas delicadas creen haber consentido en las tentaciones contra la pureza si no las *han combatido directamente.*— ¡Ilusión! Sólo consentimos en la tentación con *una complacencia libre y voluntaria*; jamás hay culpa en despreciarla, y aun en la práctica éste es el

consejo más prudente. Habiéndose reunido algunos padres del desierto para conferenciar, se preguntaban unos á otros la manera de combatir las tentaciones violentas, y uno de ellos dijo: *Yo considero la fealdad del pecado.* Otro dijo: *Yo imploro la protección de la Santísima Virgen.* Y añadió el tercero: *Yo desprecio al demonio, y prosigo mi trabajo con más actividad y en la presencia de Dios.* «Esta práctica es la mejor—dijo el que presidía,—pues os conserva en perfecta libertad de espíritu, no fatiga ninguna de vuestras facultades y está siempre á vuestro alcance.»

Todos los maestros de la vida espiritual, y el autor del *Combate espiritual* en particular, nos aconsejan que combatamos directamente la tentación cuando nos inclina *al orgullo ó á la venganza*; nos mandan que consideremos toda la pequeñez y fealdad de aquel pensamiento de *orgullo ó de venganza*, examinando las tristes consecuencias que podría tener para nuestra alma; mas cuando se trata de tentaciones contra la pureza, *todos nos prohíben expresamente que las examinemos, mandándonos apartar nuestro espíritu de aquello y distraernos de cualquiera manera que sea; y si la tentación es muy fuerte, nos aconsejan que dejemos, si es posible, el trabajo que estamos haciendo para tomar otro que nos absorba más ó que nos distraiga.*

Huyendo, y no peleando, se vencen mejor esas tentaciones, que algunas veces son muy violentas; luchar con ellas es casi quedar vencido. Luchando contra un mal pensamiento

lo examinas de más cerca, te ocupas en él, loijas en tu espíritu, se prolonga, se aviva cada vez más, y son más profundas las impresiones que hubieran sido sólo pasajeras. Distráete, pasea, canta si puedes, arregla la celda, ve á pedir permiso para cualquiera cosa, entra en el coro....., pero, por Dios, no toques el cieno, ni aun para apartarle de ti, porque te mancharía.

No examines tampoco muy detenidamente el consentimiento que has podido dar á las tentaciones, ni lo que las ha ocasionado, ni cómo has conseguido rechazarlas.

Cuando vuelva la paz, ponte en la presencia de Dios y pregúntale sencillamente: *Dios mío, ¿soy culpable?* Dios, que vió tu buena voluntad durante el combate; Dios, que fué testigo de tus esfuerzos, te dará á conocer si *estás realmente en pecado mortal.* Cuando hay duda en tu espíritu, sabiendo que habitualmente no quieres desagradar á Dios, y que estás unida con El por medio de la oración; si recuerdas que has tenido pena al sentirte tentada, y que durante la tentación has invocado á Jesucristo, á la Santísima Virgen ó al Angel bueno....., quédate en paz, puedes continuar comulgando. Los santos doctores dicen unánimemente que una persona de conciencia timorata debe quedarse tranquila si después de la tentación se acuerda de haber invocado el nombre de María durante la lucha; María la ha preservado de pecado mortal.

## 9.—NONA ILUSIÓN

*Creerse obligada á combatir las tentaciones contra la pureza con ayunos y maceraciones extraordinarias.*

No existe tal obligación; y si algunos santos han practicado excesivas austeridades, su ejemplo es para nosotros asunto de edificación más bien que de imitación.

Es preciso *mortificarse*, como ya hemos visto; pero en esto como en todo ha de haber prudencia y discreción. No hay que buscar el remedio á las tentaciones contra la santa virtud en los padecimientos corporales, tales como cilicios, ayunos, vigiliias excesivas, porque todas estas penitencias, por poco exageradas que fuesen, podrían ser perjudiciales á tu salud y disminuir tus fuerzas corporales; y no te pertenecen ni la salud ni las fuerzas, sino que son de Dios y de la comunidad, que tiene derecho á servirse de ellas; además, según los temperamentos, estas penitencias pueden encender más la sangre y producir efectos enteramente contrarios al que se desea obtener (1).

(1) He aquí una observación muy importante respecto á la castidad, sacada de un autor antiguo: «Hay algunas tentaciones contra la santa virtud que provienen de la carne tratada con demasiada delicadeza, de un exceso de sangre, de una salud demasiado vigorosa; en estos casos serán útiles las austeridades; pero hay también tentaciones que proceden de un temperamento seco y ardiente, en cuyo caso las austeridades sólo servirán para irritar más la sangre y aumentar la tentación.

»Casiano refiere el siguiente discurso del santo abad

1.º Lo que apaciguará de una manera muy eficaz, y sin peligro para el amor propio, *la rebelión de los sentidos*, y lo que calmará *la efervescencia de la imaginación*, es *el hábito de la vida regular y la suma diligencia en ser fiel hasta en los más insignificantes puntos de la regla*; el cumplimiento minucioso de la vida de comunidad, que, según el sentir de los santos, es la más dura penitencia; el sufrir en silencio las rarezas, manías y defectos de las hermanas; el no pedir algunas cosillas de que carece y que desea, y, finalmente, la constancia en estar siempre de igual humor, sin que nada lo pueda alterar. No hay freno que mejor dome la naturaleza, y la amanse y la forme, que esta monotonía de una vida siempre igual, siempre ocupada, siempre dirigida al mismo objeto, porque mata el apego á las comodidades, mata el orgullo, mata el afán, mata la voluntad propia, y *en medio de tantas muertes*, los sentidos no se rebelan tan fácilmente.

Lo que aplacará también de una manera eficaz la rebeldía de los sentidos *es la continua abnegación que requiere en todos los instantes*

Moisés: «Es peligroso extenuar el cuerpo con austeridades »indiscretas; los ayunos excesivos producen el mismo »efecto que la glotonería.... Con frecuencia hemos visto »personas que de tal suerte se habían debilitado con los »ayunos, que sus enfermedades y flaqueza las hicieron caer »de nuevo bajo la tiranía de la pasión que habian ya do- »minado.... Por eso, dice san Pablo, es menester que sepa- »mos servirnos de las armas de la justicia á diestro y si- »niestro, pero siempre con un justo temperamento y sabia »discreción.»

»Lo más prudente es no hacer nada sin permiso.»

*el cumplimiento del cargo que te hayan confiado, aceptando con calma, generosidad, y hasta sonriendo, las penas que le son inherentes. ¡Cuántos disgustos hay que sobrellevar, cuántas repugnancias que vencer, cuántas mortificaciones que sufrir para vivir algunos años con niños, con pobres ó con enfermos!*

*Si se trata de niños, hay que luchar con la poca disposición, pereza, distracción, indocilidad, grosería, algunas veces suciedad, falta de buena voluntad y de piedad; con respecto á los pobres y á los enfermos, aspereza, ingratitud, insensibilidad, impaciencia, quejas, ignorancia, llagas repugnantes, enfermedades de todas clases, la muerte con su agonía, muchas veces horrible.*

¿No comprendes que se necesita valor, constancia, fe, en una palabra, mucha virtud para soportar lo que ese ministerio tiene de enojoso, molesto y desagradable, y más para soportarlo con rostro tranquilo y sereno?

¡Oh! Lo repetimos de nuevo: *aplicate al cumplimiento del deber*; y si el demonio de la sensualidad te ataca, *aplicate á cumplir el deber con más abnegación*; ten la seguridad de que este combate contra las delicadezas y gustos de la naturaleza tiene más mérito que un ayuno, una disciplina ó una maceración que la regla no mande.

2.º Añade á este trabajo, que casi puede llamarse material, las diferentes prácticas de *vigilancia* de que ya hemos hablado: *la oración, la sagrada Comunión, la devoción á María, la completa confianza con el director, la humil-*

*dad....., y luego cuenta con el Dios á quien sirves. En la hora de la muerte podrás cantar con el Profeta: ¡Bendito sea el Señor, mi Dios! Él ha sido mi apoyo, ha fortificado mis manos para el combate, ha ejercitado mi brazo para la victoria. (Salmo CXLIII.)*

#### 10.—DÉCIMA ILUSIÓN

*Creerse obligada á no tener afecto á cosa alguna, ni siquiera á la comunidad.*

Esta ilusión procede de un espíritu débil, mezquino y poco ilustrado; por fortuna no es muy general, pues apenas se hallan en una comunidad una ó dos hermanas que experimenten su influencia. Las hace á sí mismas desgraciadas, porque las tiene en una opresión continua y llena su espíritu de sospechas injustas y de juicios temerarios; es perjudicial á la comunidad, porque corta el vuelo á la abnegación de tales hermanas, y, *so pretexto de una perfección quimérica*, las induce á concentrar los afectos de su corazón, á separarse de las hermanas y de la superiora, á considerarse casi *como extrañas* en la comunidad.

*La concentración de los afectos del corazón*, tan opuesta al espíritu religioso, indudablemente puede proceder de otras causas, como, por ejemplo, de la vanidad herida, de la exagerada estima que hace de sus talentos; y también del despecho porque no le dan los cargos que desea; pero la causa principal, la que la hace difícil de curar, es *la exageración de que*

*vamos hablando.* En un espíritu mezquino no hay cosa más tenaz que las falsas ideas respecto á la devoción.

Queriendo el fundador de *Los Hermanitos de María* prevenir á sus hermanos contra este aislamiento de los intereses de la comunidad y la falta de expansión, origen del egoísmo, les daba los avisos siguientes:

«Para ser feliz en una comunidad, hay que entrar y permanecer en ella como *hijos de la casa*.

»La Sagrada Escritura nos enseña que el hombre debe dejar á su padre y á su madre para unirse á su mujer. Pues bien; si el religioso quiere estar contento en su santo estado, si quiere tener todos los consuelos que la religión proporciona, debe abandonar á su padre, madre, hermanos, hermanas y todo lo que tenga en el mundo para unirse á sus superiores, á sus hermanos y á toda la comunidad, que es ya su familia. Así, pues, el que no se consagra por completo á su comunidad, y no trabaja por adquirir los sentimientos de un hijo bien nacido, no es *religioso*, sino *fámulo*.

»¿Y queréis saber qué diferencia hay entre el hermano fámulo y el hermano hijo del Instituto?

»I. El hermano *fámulo* considera al superior como á un amo, como á un centinela que le vigila, por lo cual le inspira tal temor que huye de él, le oculta lo que hace, y, sobre todo, sus defectos, desconfía de él y fácilmente se imagina que le maltrata, le quiere mal, se complace en molestarle y le corrige sin razón.

»El hermano *fámulo* considera á sus hermanos como extraños, y, por consiguiente, no tiene con ellos caridad, ni miramiento, ni atención ninguna. Ocupado continuamente de sí mismo y de sus propios intereses, escoge siempre lo mejor y lo menos penoso, sin cuidarse de si sus hermanos padecen, tienen demasiado trabajo ó alguna necesidad.

»El hermano *fámulo* es indiferente á los intereses de la comunidad: poco le importa que prospere ó que decaiga, y así desempeña su oficio por mero cumplimiento; no tiene celo ni abnegación por el bien común; es pródigo y ve con la mayor indiferencia que se pierden las cosas, y por no tomarse la molestia de cuidar del mobiliario y de los enseres que se le han confiado, deja que se deterioren y destruyan.

»II. El religioso que es *hijo de la casa* obra de una manera completamente distinta.

»Considera y ama al superior como si fuera su padre; tiene entera fe en sus palabras y se abandona completamente á su dirección. Como está persuadido de que el superior no quiere más que su bien, recibe sus advertencias y representaciones como pruebas de afecto y del más tierno cariño. Lejos de ocultar ó disimular sus faltas y defectos, es el primero que los da á conocer, y no vive contento sino cuando el superior está enterado de su conducta y sabe todas las penas de su alma.

»El religioso que es *hijo de la casa* mira como hermanos á todos los miembros de la comunidad; por eso se le ve siempre ocupado



en ayudarlos, aliviarlos, servirlos, y los sostiene, los defiende, los excusa y oculta sus defectos.

»El religioso que es *hijo de la casa*, después de Dios, no ama ninguna otra cosa tanto como á su comunidad; nada desea tanto como verla prosperar, es decir, desarrollarse, conservar su espíritu y conseguir su fin, procurando la gloria de Dios y la salvación de las almas. Considerándose, y con razón, obligado á contribuir por su parte al bien de la comunidad, se esfuerza por dar siempre, y en todas partes, ejemplo de regularidad, de piedad, de sumisión, de buen espíritu, de abnegación; no perdona pena ni trabajo por lograr el buen éxito de las escuelas, la buena administración de la casa, aun en lo temporal, y no retrocede ante ningún sacrificio cuando se trata del bien común, de la edificación, de la utilidad de los hermanos y del servicio de la comunidad.

»III. Solamente el religioso que tiene los afectos y el espíritu de familia encuentra en la religión el céntuplo de bien y contento prometido por Jesucristo. Como sólo vive para la comunidad, como se sacrifica por el bien de sus hermanos, y no pierde ocasión de serles útil y darles gusto, le pagan en la misma moneda y recibe el céntuplo de lo que da; todos le aman y se sacrifican por él, todos los corazones se le rinden, y tiene tantos servidores, ó mejor dicho, tantos hermanos y tantos amigos como son los miembros de la comunidad.

»En cuanto al hermano *fámulo*, no sólo no recibe el céntuplo, pero ni siquiera encuen-

tra en la religión satisfacción y contento de ninguna clase. Como no ama verdaderamente á ninguno de sus hermanos, sino que vive como un egoísta, no tiene las simpatías de nadie: le soportan y evitan el disgustarle, porque así lo ordena la caridad cristiana; pero no pueden tener con él los miramientos y atenciones que él no tiene con los demás, ni darle aquellas pruebas de cariño que su corazón no sería capaz de comprender ni apreciar. Así que me atrevo á decir que no hay hombre más desgraciado que el religioso que no tiene el espíritu de familia, es decir, que no está dispuesto á sacrificarse generosamente por su comunidad, que conserva su afecto para las personas á quienes ha dejado, y que vive en la comunidad como un extraño que tiene en otra parte su tesoro.»

#### ARTÍCULO QUINTO

##### Ilusiones sobre los peligros de la vida religiosa.

Quando una joven se dispone para abrazar la vida religiosa, no puede imaginarse que haya *algunos peligros* en esas casas que con tanta verdad se llaman *casas de Dios*.

Para su alma inexperta, toda casa religiosa es *un puerto* en donde no se dejan sentir jamás las tempestades.

Es *una fortaleza* en la que no penetran ni el mundo ni el demonio.

Es *un paraíso* en donde se vive con Dios, se sirve á Dios, se goza al lado de Dios.